



Dr. Osvaldo Puccio

Aproximaciones provisionarias a lo que vendrá en el nuevo Orden mundial (parte I)

Con la agresión de Rusia contra Ucrania, que con certeza se suponía una acción rápida y fulminante estilo “Blitzkrieg” (no está demás señalar que esa suposición ha terminado regularmente mal para el que la pretende), Moscú buscó con independencia de sus pretensiones anunciadas y de las razones que justificaban y sustentaban tan audaz paso, con tan impredecibles consecuencias cómo lo es el desatar una guerra, acelerar un proceso de reordenamiento de las relaciones y posiciones entre las grandes potencias en el entramado hegemónico global.

Camino ya a un semestre completo de hostilidades con incalculables pérdidas de vidas humanas y bienes materiales, al que se suma un debilitamiento sin precedentes desde el inicio de la Segunda Guerra de las instituciones y jurisdicción internacional, es importante prever caminos y escenarios al final del conflicto, la definición y posición de las fuerzas y sujetos en liza, pero más allá procurar entender los contenidos, las referencias ideales, las propuestas explícitas e implícitas de ellos que obviamente y cómo suele suceder en la política internacional -y no sólo en ella- será en no pocas veces discordante, inconsistente, incluso contradictoria en la práctica, consigo misma.

Las referencias (y autoreferencias) conceptuales, doctrinarias y también ideológicas de cada uno de los actores y de los espacios en que se sitúen en la nueva configuración global serán un factor definitorio y articulador de las relaciones de cada uno con respecto a sí mismo, a los intereses que encarna y la manera y el modo cómo se vincula con el otro y cómo es percibido por este.

Los intereses que son el sustento y el contenido de la acción y la conducta de los sujetos sociales sólo existen expresados de manera ideal o más precisamente ideológica. Es el momento en que se recurre a la propia historia, las más de las veces mitificada, y se diseñan las utopías. El siglo XX es probablemente el en que de manera más total (y totalitaria) se expresó este fenómeno.

Ya entrado el siglo XXI las cosmovisiones globales, globalizantes y excluyentes que fueron dominantes y de extendido sentido común se encuentran del todo desacreditadas. Ello por dos razones fundamentales. Una por su fracaso en tanto propuestas sociales y la otra

resultado de los cambios esenciales y cualitativos en las tecnologías que son vehículo y espacios de la comunicación contemporánea.

Huelga en esta línea repetir que en las sociedades la construcción e implementación de relatos para la praxis social es un punto central y definitorio del posicionamiento de las diferentes opciones que buscan ejercer hegemonía en un escenario nuevo.

Ese escenario que está en curso de configuración. Desde luego se mantiene una inercia y una presencia de aquellas formas absolutizantes de comprensión y reflejo de las visiones globales, pero ellas están en retirada y adquieren en el mejor de los casos modos de expresión distintas.

Esas formas de ver y comprender el mundo en su retroceso encuentran refugio en modos religiosos integristas de comprender la sociedad y los comportamientos de los individuos y optan por visiones totales que niegan la laicidad y la “razón ilustrada” que también fueron fuente de aquellas. Otras han encontrado en reivindicaciones parciales y que convierten en claves supuestamente omnicomprensivas el “asilo” para responder a problemas emergentes de la nueva realidad contemporánea, más allá de la importancia y centralidad sectorial que puedan tener.

Es la dialéctica entre intereses nuevos y antiguos, su expresión y verbalización ideológica (en el sentido que Marx y Engels le dieron en “La ideología alemana” ya en 1845) la que será clave a la hora de la configuración de los espacios y las fuerzas que habrán de correlacionarse en el orden que se vaya diseñando y consolidando.

Estamos en un escenario o mejor dicho en un proceso de configuración disruptiva -guerra incluida- del nuevo orden que habrá de surgir de la consolidación de un estado aceptado o impuesto de correlación de fuerzas, roles y espacios reconocidos a los distintos actores principales involucrados directamente, básicamente EEUU, la Unión Europea y Rusia. Por ahora, podríamos decir, concentrado en Europa que es el espacio en que probablemente habrán de consolidarse una parte sustantiva de la posición de



cada uno de los actores directos del conflicto en curso y que con independencia del modo en que se exprese habrá de tener nuevos episodios en otros escenarios estratégicos en el planeta.

China, el otro protagonista de primera importancia a nivel global pareciera querer ser en este conflicto el “quinto en discordia” en el sentido que Robert Davies, el novelista canadiense, le da al término en su notable novela: “dícese de aquellos personajes que sin ser el héroe o la heroína, pero tampoco el confidente o el villano, son igualmente importantes para el desenlace de la trama”. Podríamos agregar con la intención más que segura, en este caso, es la de devenir personaje principal.

La situación global ha tenido por tanto y cómo decíamos un cambio cualitativo con la decisión rusa de “probar suerte” en el incierto cuadro de posicionamiento de las distintas potencias en el escenario mundial.

Rusia alega razones históricas que van desde la fundación en el siglo X del Antiguo Rus en Kiev hasta los compromisos incumplidos tras el fin de la Unión Soviética por las potencias occidentales. Subyace sin duda también la compleja relación de esas dos partes de Europa que encarnan culturas que se saben comunes y al mismo tiempo ajenas, en una manera de hermandad que una y otra vez tiene manifestaciones cainitas. La de Oriente y Occidente, esas culturas que suelen vivir de espaldas y se miran de reojo, la de Tolstoi y la de Goethe, la de Sholajov y la de Remarque.



Alega Rusia asuntos de seguridad, de su seguridad y no sin razón si se tiene en cuenta que Rusia históricamente entiende su seguridad desde la territorialidad, desde el aseguramiento de su profundidad estratégica, lo que es necesario respetar cómo con lucidez lo ha señalado el propio Henry Kissinger, y que considera, no sin razón, vulnerada desde los 90 en adelante. La OTAN se había acercado antes del conflicto 1600 kilómetros a la frontera rusa...

Valga la digresión en este plano; así como Rusia entiende su seguridad desde lo territorial, los EEUU en la tradición británica la entiende desde su solidez imperial, de alguna manera Washington tal cómo Londres comparten una condición insular sin amenaza directa, al menos de la infantería de los vecinos. En el caso de la Europa comunitaria en tanto ente internacional nuevo y novedoso en el contexto de las relaciones de poder y hegemonía mundial se encuentra en búsqueda de un concepto de seguridad que logre agrupar, convencer e interpretar a sus miembros que al decidir ser parte necesariamente debilitan cuando no pierden o abaten sus historias y tradiciones con la memoria de muchos conflictos y confrontaciones entre ellos, en tanto estados nacionales.

Valga la digresión en este plano; así como Rusia entiende su seguridad desde lo territorial, los EEUU en la tradición británica la entiende desde su solidez imperial, de alguna manera Washington tal cómo Londres comparten una condición insular sin amenaza directa, al menos de la infantería de los vecinos.



La agresión rusa consolidó y aceleró la tendencia de la UE a ampliar y profundizar -también con su dimensión presupuestaria- su voluntad de conformar una política de seguridad y defensa independiente. Esta vez principalmente de cara a Moscú en un cuadro en que la presencia americana se revitaliza y fortalece.

La actual conflagración ha obligado a la Unión Europea a ensayar una política y un concepto común de seguridad, pero ello tiene mucho de medida de emergencia que no resuelve las diferencias nada irrelevantes de historias divergentes, voluntades y vocaciones diversas en relación a lo nacional, espacios geoestratégicos distintos y miradas no siempre concordantes frente al rol de los EEUU en el continente, pero también frente a la calidad, profundidad y extensión de los vínculos con China y ni que decir la relación con Rusia, vecino que quiso la geografía fuese tan permanente como ineludible.

Más allá de las causas y las cargas de responsabilidades en la decisión rusa es claro, por ahora al menos, que estamos frente a un escenario nuevo en cada uno de los cinco continentes, incluso aquellos que no son protagónicos o sólo juegan un papel, por la razón que fuere- colateral, como colaterales son los daños y consecuencias que sufren a raíz del conflicto.

No hay que olvidar que estamos frente a un conflicto global en que se juega la posición hegemónica de los distintos actores, pero que este discurre, como hemos señalado, sin la participación, al menos abierta, de todos ellos y, por ahora, concentrado en el “teatro europeo” para usar el “jargon” de cubículos de planificación de “estado mayor”.

Con un proceso de esta magnitud en curso cualquier previsión del tema, sus consecuencias, resultados y las dinámicas que desate son por descontado tan provisionarias como precarias, pero hay algunas, que por lo demás obedecen a tendencias ya anteriores al proceso que es posible definir, al menos en sus contornos más gruesos.

El primero tiene que ver con el cuestionamiento, que puede referirse a una relativización o el fin de la caracterización de la naturaleza de la Unión Europea como un poder que sustenta su seguridad y presencia en el contexto internacional en lo que ha dado en llamarse “poder blando” o “soft power”.

Ya se había hecho un lugar común en Bruselas la frase de Josep Borrel “nos gusta el mundo de Kant, pero vivimos en el de Hobbes” para sostener la necesidad que la Unión desarrollará una política de defensa propia e independiente. Nadie dudaba que eso, se refería más a los EEUU que a Rusia, incluso la de Putin, a la que, comenzando por Francia y Alemania, no se consideraba una hipótesis plausible de riesgo, al menos bélico.

La tendencia a alejarse y ganar autonomía frente a EEUU tenía, sin duda, una causa sustantiva en la América de Trump y en el desastre vicario de la salida más humillante que gloriosa de Afganistán, pero desde luego en el nivel alcanzado por la Unión y sus países y la aspiración a ser un jugador no en contra o distante, sino distinto e independiente del aliado y “protector” desde el 45.





La agresión rusa consolidó y aceleró la tendencia de la UE a ampliar y profundizar -también con su dimensión presupuestaria- su voluntad de conformar una política de seguridad y defensa independiente. Esta vez principalmente de cara a Moscú en un cuadro en que la presencia americana se revitaliza y fortalece.

La OTAN, que es el espacio e instrumento de la presencia estratégica de EEUU en Europa que había perdido relevancia y sobre todo sentido para los principales países del continente, experimentó, a partir del paso ruso en febrero de este año, una vuelta al protagonismo en los asuntos de defensa y cómo lo demuestra su cumbre en Madrid en junio de este año reapareció con un sólido y contundente programa de largo plazo, mucha vinculación y compromisos de cada uno de los países, incluidos los que la habían dado por muerta, no poca inversión adicional en asuntos de Defensa y para completar el cuadro un mensaje a China más cercano a la advertencia amenazante que a la invitación amable. Con todo esto no debería significar un cierre definitivo o “sine die” de la aspiración de los jugadores centrales de la UE de tener una política de seguridad y defensa propia y autónoma porque ello resulta objetivamente de la aspiración de ser un sujeto independiente y singular en el cuadro global.

La OTAN, que es el espacio e instrumento de la presencia estratégica de EEUU en Europa que había perdido relevancia y sobre todo sentido para los principales países del continente, experimentó, a partir del paso ruso en febrero de este año, una vuelta al protagonismo en los asuntos de defensa y cómo lo demuestra su cumbre en Madrid en junio de este año reapareció con un sólido y contundente programa de largo plazo.

Putin, que quiso restringir y alejar a una OTAN debilitada, terminó con Suecia y Finlandia dentro de ella y con una fortalecida presencia en Europa de la Alianza. La historia suele ser una crestomatía de paradojas.

El segundo es de un calado y una naturaleza distinta, que tal cómo el anterior conlleva muchas y a veces aparentemente sustantivas diferencias en el propio seno de la Unión y tiene que ver con la posición y la convicción frente a la Democracia en la forma y sentido que se entendió de manera más o menos incontestada en el continente desde el fin de la Segunda Guerra. Las divergencias con Polonia y Hungría o el crecimiento de opciones políticas radicales de dudosa estirpe democrática en países centrales del continente son prueba de ello.

Si bien en el conflicto con Rusia la apelación justificadora e identitaria en el plano ideológico de la Democracia cómo concepto y marco de convivencia ha sido el definitorio, no se puede olvidar que el consenso y la comprensión de el al interior de las distintas sociedades y países de la UE y considerado el arraigo de lo que representa Donald Trump en EEUU no es unívoco, sino por el contrario es cada vez más relativizado por sectores principalmente de la derecha extrema del espectro político y también por sus correlatos especulares en el extremo contrario.

El concepto de Democracia, pero también el de “populismo” tan en boga hoy convertido en piedra lanzadera del debate político o más exactamente dicho propagandístico así como el amplio campo de las zonas grises y ambiguas que trataremos de abordar en un próximo capítulo de esta serie es un elemento sustantivo en el plano ideal, autodefinitorio y autocomprensivo de los posicionamientos asumidos y asignados del Nuevo Orden.

Ello vale también para lo que son las regiones de menor incidencia y condición de sujetos en el nuevo escenario que emerge, África, que en todo caso juega un singular rol de “objeto del deseo” de los distintos contendientes y nuestra América Latina rumbeando en un

Fin.



Dr. Osvaldo Puccio

Phd EnFilosofía
Universidad de Humboldt de Berlín